



CARTA PASTORAL

Hacer de Cristo el corazón de nuestra Iglesia

Del Arzobispo a toda la Iglesia paceña
con la cual convoca a la última fase del Sínodo Diocesano

Amados hijos e hijas de la Iglesia paceña,

Dejen que el corazón de este pastor pueda hablarles por medio de esta carta con la cual deseo convocar a un tiempo de oración y discernimiento profundo encaminando esta pequeña barca que es nuestra Iglesia Local, la cual pertenece a Jesucristo, a la última fase del Sínodo Diocesano que hemos iniciado el 2022. Deseo que estas exhortaciones nos ayuden para: «hacer de Cristo el corazón de nuestra Iglesia paceña».

1. Hacer memoria: hemos hecho un camino juntos

Quisiera recordar con ustedes brevemente todo lo vivido como Iglesia desde la primera fase del Sínodo el 2022 que nació con una finalidad: «renovar nuestra Iglesia, iluminados por el Espíritu, para responder desde nuestro compromiso y nuestra fe, a los nuevos desafíos que la actualidad nos presenta desde una dimensión sinodal-misionera». Guiados por este objetivo fue que nos organizamos en cuatro etapas:

- Año Introductorio (2022-2023),
- Año Doctrinal (2023-2024),
- Año de la Espiritualidad (2024-2025) y
- las Asambleas Sinodales (2026) la etapa en la que nos encontramos.

Primera etapa. Año Introductorio (2022-2023)

A partir del mes de julio del 2022 se comenzaron a preparar materiales de información y difusión. A su vez, los siguientes meses se tuvo una serie de reuniones para construir y definir los lineamientos a seguir para su desarrollo: Se consolidó el “logo del sínodo”, el lema, la oración, la lectura bíblica sobre “El camino de Emaús” (Lc 24, 13-35), el ícono de Nuestra Señora de La Paz. Y se planteó un nuevo modelo de Iglesia paceña: orante, misionera, fraterna, solidaria y sinodal”. Para trabajar en conjunto, se eligieron los símbolos que acompañarán todo el proceso sinodal, se creó un cuadro que muestra el caminar del Pueblo de Dios por las calles y realidades de la ciudad, se convocó a los músicos de la Arquidiócesis a componer un canto y se hizo una guía para todas las celebraciones eucarísticas de los Encuentros Parroquiales Sinodales.

Los Encuentros fueron preparados para las 60 parroquias de la Arquidiócesis. Se realizaron en coordinación directa con los vicarios y párrocos. Iniciaron el 30 de septiembre de 2022. Se visitaron 51 parroquias y se tuvieron dos encuentros vicariales en el área rural.

Segunda etapa. Año doctrinal (2023-2024)

En enero de 2023 se tuvieron las primeras reuniones de discernimiento y elección de temas para que sean profundizados y estudiados. Se realizaron las semanas de formación a nivel vicarial y después en las parroquias y grupos. Los temas elegidos fueron: Eclesiología, Cristología, Sacramentos, Religiosidad Popular y Sínodo de la Sinodalidad.

Tercera etapa. Año de la espiritualidad (2024-2025)

Con un momento de oración se abrió el Año de la espiritualidad el 23 de agosto del 2024, buscando que los miembros del pueblo de Dios se apropien de este proceso con una apertura de mente y corazón, en una experiencia continua y gradual de conversión personal. Fruto de esta etapa fue fortalecer en las parroquias la Adoración al Santísimo y la *Lectio Divina* una vez por semana. El Año de la Espiritualidad fue un impulso para repensar en qué creemos, qué espíritu nos mueve a la misión, cómo configurarnos más con Cristo, redescubrir al primer amor.

Cuarta etapa. Asambleas Sinodales

Esta cuarta y última etapa es crucial para plasmar todo el camino recorrido desde el 2022. Ha sido un tiempo de oración-celebración, escucha y diálogo; ahora, después de esta larga reflexión, queremos escuchar propuestas de renovación y reforma. Toca iluminar con la Palabra de Dios todo lo andado y todo lo que vendrá, así como indagar en la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, elementos doctrinales que acompañarán la reflexión de las Asambleas Sinodales este año.

Queridos hermanos y hermanas, en estos años de camino del Sínodo Diocesano lo que queremos no es hacer un simple ajuste de actividades pastorales y de estructuras, sino de volver a la fuente que es Jesucristo y desde Él articularlo todo: colocar a Jesucristo como el centro de la vida y misión de nuestra Arquidiócesis, que sea el corazón de nuestra Iglesia.

2. Ser la Iglesia de Cristo en una ciudad herida

La Paz es una ciudad sugestiva; sus calles inclinadas, signo de una topografía accidentada moldeada en los siglos; su rostro emblemático, cargado de historia y memorias, refleja la identidad de un país. Multifacética, en sus escenarios naturales recibe cada mañana el abrazo del majestuoso Illimani; desde su nombre ya sueña con un anhelo y un deseo profundo: «la paz», el mismo saludo que el Resucitado emite a sus discípulos el día de Pascua (Jn 20, 19), para después soplar sobre ellos y darles su Espíritu. Son dos sueños que tengo para esta ciudad: que reciba lo que su nombre significa y que se renueve con el Espíritu del Resucitado.

La Paz «Ciudad Maravilla», realmente es una ciudad que maravilla, en lo bueno y en lo no tan bueno; posee una diversidad concentrada, grandes contrastes que pueden ser riqueza, oportunidad o una seria amenaza. Quienes paseamos por sus calles la vemos con amor, pero también con sufrimiento y preocupación.

Desde su misma fundación, ha crecido aceleradamente; su condición como Sede de Gobierno y centro político implica muchas dinámicas que deja a la ciudad en situaciones de vulnerabilidad. Es la ciudad más bloqueada y asediada de todo el país, un día puede estar bien; al otro, en grande inestabilidad. Tensiones y conflictos, grandes polarizaciones son realidades que hasta ya nos parecen comunes y normalizadas. Todo pasa en un solo día: un bloqueo, marcha, manifestación, sale el sol, llueve, graniza, calles expeditas, un preste, un accidente, todo en un solo día.

Veo a la gente con mucho estrés y ansiedad, por distintos motivos: preocupaciones personales, familiares, alguna deuda, por llegar a tiempo al trabajo, a la escuela, universidad, a una reunión, a un juicio, al médico, por las trancaderas constantes, y un embotellamiento que parece no terminar, gente enceguecida en sus preocupaciones y dolores, gente apurada que parece que no tiene tiempo para el silencio y la paz, personas que a momentos «sobreviven» y no «viven», a todos ellos queremos dar una palabra, aquella que viene de Dios.

Me llena de ternura, compasión e indignación la imagen de los ancianos y ancianas que aún siguen vendiendo en las calles y con los pocos centavos que ganan dan de comer a sus nietos, o los niños que trabajan poniendo en riesgo su infancia; sabemos que muchos son obligados a hacerlo, hay maltrato hacia ellos, pues deberían estar jugando y estudiando. Son dos imágenes claras de una ciudad herida.

Hay una tremenda informalidad (casi más del 80 % de los empleos son informales), esto es signo de sobrevivencia. El paceño es creativo, ingenioso, pero la informalidad tiene tremendos riesgos, no asegura las condiciones básicas; la seguridad social, la salud, son lujos a los que no muchos tienen acceso; se sobrevive, pero no se asegura, no hay jubilación, no hay donde acudir cuando uno se enferma.

Es una ciudad maravillosamente atractiva y variada; sus mercados, colores, ferias, su música, vestimentas, comida, sus manifestaciones folclóricas son fantásticas, pero así mismo tiene una doble cara que intriga. Como toda metrópoli es un terreno de cultivo de grandes males: violencia, inseguridades, alcoholismo, explotaciones de todo tipo, trata y tráfico de personas, narcotráfico, feminicidio, infanticidio y una corrupción que actúa a momentos de forma descarada mostrando el rostro más inhumano y perverso de la persona cuando se aparta del plan de Dios. En esta carta no puedo abordar todas las realidades que encontramos en la ciudad, cada una merece un análisis particular y serio.

Nos estamos levantando de una profunda herida en estos últimos meses: los bloqueos, donde miles han sufrido y otros aparentemente no han sentido el dolor de sus hermanos, esto nos ha herido a todos, es una llaga que nos ha debilitado, hay que curar esta herida. Queridas hermanas y hermanos, ante esta división Jesucristo nos propone la *comunión* como la medicina para restituir las relaciones, para sanarnos. El «otro» no es un rival, no es un enemigo, no es un oponente, el «otro» es mi hermano. El Espíritu de Dios no deja de sorprendernos, aún en los momentos donde parece que se oscurece la sensibilidad humana hay grandes signos de luz y esperanza, hemos visto varias manifestaciones de solidaridad en los días de bloqueo, el paceño es solidario, tiende la mano incluso con lo poco que tiene, comparte el pan. Estos son los rayos de vida por más pequeños que parezcan de que el bien triunfa siempre, el amor tiene la última palabra. Así de maravillosa es esta ciudad que está llamada a ser la «Ciudad de Dios».

«Los discordes en concordia, en paz y amor se juntaron y pueblo de paz fundaron para perpetua memoria»: el adagio de nuestro escudo es una profecía, en los genes de nuestra ciudad está el problema de la unidad. En medio de tantos contrastes, la unidad es una quimera: ¿cómo poder ser una sola sociedad con tantas diferencias? La Iglesia acá está llamada a ser signo e instrumento de esta unidad (*Lumen Gentium* 1).

Como pastor me pregunto: ¿en dónde está el corazón de esta ciudad? Nuestra misión como Iglesia es una vez más reafirmar con fuerza que a Cristo le pertenece esta ciudad, Él quiere ser su corazón.

Queremos ser Iglesia en una ciudad herida: somos parte de una comunidad herida, que necesita ser sanada, la Iglesia tiene esta misión, curar las heridas que ha dejado el pecado, ser signos e instrumentos del amor de un Padre misericordioso que ama y que sigue curando a la humanidad caída. Como el Buen Samaritano, una Iglesia que sirve al hermano herido, presta atención y cuidados a cada uno de ellos. Queremos ser el lugar del encuentro, signo de fraternidad y de cura de la casa común, una ciudad que forma hermanos.

3. Nuestra mirada de amor y gratitud a quienes viven en el área rural

La Iglesia paceña no se limita solo a la ciudad, va mas allá de estos límites. Ahora dirijo la mirada y el corazón a todo el Pueblo de Dios que se congrega y vive la fe en las Vicarías Illimani y Yungas de nuestra Arquidiócesis.

A nuestros hermanos de las parroquias pertenecientes a la Vicaría Illimani: Santísimo Sacramento de Huajchilla, Nuestra Señora de la Asunción en Palca, San Bartolomé en Cohoni, Santiago Apóstol de Lambate, Nuestra Señora de la Candelaria en Mallasa, Santiago Apóstol de Achocalla, Santuario de la Divina Misericordia en Uní, San Pedro y Pablo de Chanca.

A mis queridos hermanos y hermanas de la Vicaría Yungas, representados en las parroquias: San Bartolomé de Chulumani, Santiago Apóstol de Irupana, Santa Bárbara en Yanacachi, Santiago Apóstol de Coripata y Nuestra Señora de la Asunción en La Asunta.

A todos ustedes queridos hijos e hijas en Cristo, manifiesto mi gran admiración por todo el empeño que ponen día a día en las fatigas de la vida, el deseo de salir adelante, buscando el bienestar de sus familias, trabajando horas bajo el sol, viviendo muchas veces injusticias en el trabajo y en el trato. Gracias porque su trabajo llega cada día a nuestras mesas. Mi palabra de aliento ante todas las dificultades que atraviesan, no se sientan solos, la Iglesia está con ustedes y para ustedes, en el corazón de Cristo tienen un lugar privilegiado.

Así mismo, expreso mi profunda gratitud a todos quienes dedican su vida y esfuerzo a la labor evangelizadora en estas tierras, con particular cariño a los párrocos y presbíteros colaboradores, a todos los catequistas y misioneros, a las comunidades religiosas que son corresponsables en el servicio eclesial. Soy consciente de la urgencia de renovar la misión y la vida pastoral en estas zonas, especialmente en aquellos lugares donde se celebra la misa solo una vez al año y no hay un acceso continuo a los sacramentos. Todos ustedes atienden y acompañan varias comunidades fuera de la vida parroquial, tienen que viajar bastantes horas para acompañar a los fieles llevando el Evangelio, les agradezco por este esfuerzo que hacen al servicio de la misión de la Iglesia y les motiva a seguir buscando y fomentando la diversidad de carismas dentro del Pueblo de Dios para que seamos más quienes edifiquemos la Iglesia de Cristo y lleguemos con su Mensaje a más hermanos.

Tenemos varios desafíos como Iglesia, uno de ellos es el de seguir enriqueciendo y purificando la cultura y las tradiciones que representan la identidad de estos pueblos, Cristo es mucho más fuerte que cualquier cultura, viene a dar un nuevo sentido, quiere trascender lo que hemos aprendido de nuestros antepasados. Hay otros desafíos en sus zonas como las desigualdades económicas, sociales, de educación, problemas medio ambientales, migraciones, falta de oportunidades laborales, diferencias entre comunidades, creemos que el Evangelio puede iluminar estas realidades y mejorarlas.

4. Tenemos una hermosa noticia: Cristo es la Alegría, Él nos convoca en Sínodo para renovarnos

Queridos hermanos y hermanas, en estos años en que la Iglesia de La Paz ha sido convocada en Sínodo seguimos discerniendo juntos los «signos de los tiempos», tenemos cada vez mayor claridad de la invitación a ser parte del proyecto divino del Padre: colocar a Jesucristo al centro de la existencia de nuestra historia, (*Gaudium et Spes* 10, 2; cf. 45, 2), una Iglesia paceña radicada en Él, centralizar la vida cristiana en el Kerigma como gracia de salvación. Crecer en relación con Él, ponerse en camino detrás de Él, dejarse provocar por su Evangelio y ser testimonio de su amor.

Es el Padre quien convoca a su Iglesia, la reúne como a la «niña de sus ojos» (Sal 17,8) y le propone el proyecto de Salvación encarnado en Jesucristo. Nuestra Iglesia paceña no puede ser ajena a esta invitación divina, por eso el Sínodo Diocesano no quiere ser una reunión más, sino un tiempo de gracia, algo que viene directamente de Dios y nos toca directamente para despertar nuestra fe, renovar nuestra esperanza y encender en nosotros el fuego del amor. El Sínodo es un encuentro con Dios y con los hermanos, para dejar que el Espíritu Santo toque nuestra Iglesia, la sociedad, sus heridas, nos dé la luz, cambie nuestro miedo por fuerza, valentía. Es el Espíritu de Dios el único Protagonista de la misión de la Iglesia que el Padre ha confiado a su Hijo y de la cual nosotros participamos activamente.

Este Sínodo no es un maquillaje de estructuras anticuadas, sino una revisión profunda de nuestras categorizaciones y organizaciones sistemáticas. Buscamos reordenar las prioridades enfatizando una pastoral de anuncio y de encarnación, colocando en el contexto de nuestras comunidades el discernir lo que es más necesario y en cada momento apostar por lo esencial: «la alegría del anuncio del Evangelio» (*Evangelii Gaudium*, 2-8).

Nuestra Iglesia paceña es portadora de una rica historia, y queremos recordarla con gratitud y humildad, aprendemos de ella, reconocemos lo que Dios ha hecho y todo aquello que se tiene que repensar hoy porque los tiempos han cambiado. Hago memoria con profunda gratitud de quienes me han precedido y que, guiados por el Espíritu del Resucitado, en su momento fueron profetas para esta Iglesia: a Mons. Abel Isidoro Antezana y Rojas (1943-1967) primer arzobispo de La Paz, quien impulsó con amor y fidelidad las primeras reformas después del Concilio Vaticano II; a Mons. Jorge Manrique Hurtado (1967-1987) que, movido por las necesidades del pueblo en un contexto político agitado, supo ser un faro de luz en medio de innumerables conflictos sin callar la voz; recuerdo con gratitud a Mons. Luis Sainz Hinojosa (1987-1996) de gran celo pastoral, abriendo con valentía nuevas sendas al laicado; y finalmente a Mons. Edmundo Abastoflor, amigo

querido, padre en la fe, que con gran sabiduría y paternidad supo conducir a la Iglesia en los portales del nuevo Milenio; a todos ellos nuestra estima y respeto, les debemos tanto.

Ahora, tenemos la urgencia de renovarnos en la misión como una Iglesia Sinodal, buscamos por eso renovar nuestro «estilo pastoral» alargando el espacio de la misión de nuestra Arquidiócesis (Documento Final Sínodo de la Sinodalidad, 76). En una estación de grandes cambios, vemos la urgencia de una nueva evangelización, no hay límites para hablar de Cristo. Buscamos ser la Iglesia que el Señor quiere que seamos y como una comunidad de creyentes, leyendo los signos de los tiempos (*Gaudium et Spes*, 4), habilitando un proceso: discernimiento, escucha, diálogo y decisiones queremos repensar una nueva imagen de ser Iglesia hoy.

Es el momento de tener el coraje y la humildad de reconocer que la Iglesia necesita transformaciones estructurales y profundas en distintos niveles. Enfrentamos este camino con una gran certeza: Dios guía a su Iglesia, Él está con nosotros, «Yo estaré con ustedes hasta el final de la historia» (Mt 28, 20). Nuestro Sínodo, con la originalidad y autenticidad de toda Iglesia Local, quiere ser un fruto maduro del Concilio Vaticano II a sus 60 años de clausura y una recepción del Documento Final del Sínodo de la Sinodalidad del 2024.

5. El Sínodo Diocesano: «No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras?» (Lc 24, 32)

Nuestra Arquidiócesis, al igual que los discípulos de Emaús, está viviendo un *kairos*, un tiempo propicio, para experimentar la salvación, y que nos llena de esperanza y de alegría: el Sínodo Diocesano quiere ser expresión de este tiempo. La Palabra de Dios al centro de la vida de la Iglesia nos impulsa en esta última fase a seguir confiando en Él (cfr. *Verbum Domini* 50-51).

«Nos hablaba en el camino» (v. 32)

Sínodo significa «caminar juntos», ¿juntos solo nosotros? Eso sería solo una “juntucha de amigos” que puede o no hacer el bien. Lo que caracteriza al Sínodo en la Iglesia es que el Señor mismo camina junto a nosotros. Puede haber momentos en los que ha parecido que el Señor no se hacía sentir, o que parecía que no estaba presente, como sucedió con los discípulos de Emaús que pensaban que solo hablaban con un visitante que ignoraba la pasión de Jesucristo. Pero la primera cosa que hay que recordar y hacer énfasis es que el Señor camina junto a ellos, y que el Señor camina junto a la Iglesia de La Paz, dialoga, corrige e ilumina nuestra vida.

«Nos habría las escrituras» (v. 32)

Es Cristo mismo que mediante su Palabra ha ido preparando el corazón de la Iglesia paceña durante toda la fase inicial, el año introductorio (2022), el año doctrinal (2023), el año de la espiritualidad (2024), nos ha abierto las Escrituras. No se trata de que hayamos hecho muchos o pocos cursos, que hayamos entendido todos los dogmas de la teología; se trata ante todo que abriendo las Escrituras nos hemos encontrado a Jesucristo hablando con cada uno de nosotros.

«No ardía nuestros corazones» (v. 32)

Además, por el hecho de que el Señor se ha aproximado y se ha puesto a caminar con la Iglesia paceña, esto tiene la finalidad de “encender nuestros corazones con la experiencia de la conversión”. Esto sin duda nos hace recordar las palabras de los cristianos de nuestra Iglesia que nos han hecho ver que parecía que la fe en nuestras parroquias se estaba “enfriando”, que las motivaciones de la acción pastoral no son precisamente la fe en el Señor. Todas son situaciones que han pasado y se han vivido como lo han experimentado los mismos discípulos del Señor, se iban de Jerusalén con el rostro entristecido, pensando que todo se ha terminado (cf. Lc 24,13-24). Precisamente por eso, el Sínodo no será solamente dar «una arregladita» a la organización de la Arquidiócesis, a mejorar actitudes, o a darle una maquillada a la situación actual; se trata sobre todo que el Señor haga «arder nuestros corazones», renueve desde lo más profundo nuestra vocación cristiana, encienda el fuego de su amor en todos nosotros.

«Quédate con nosotros» (v. 29)

Los discípulos de Emaús, gracias a que el Señor se ha puesto a caminar junto a ellos, han experimentado la novedad de la vida, la experiencia de que Él está vivo, por eso le dicen «quédate con nosotros». También nosotros, en esta fase conclusiva del Sínodo, le decimos al Señor «quédate con nosotros». Sabiendo que Cristo

nunca nos ha abandonado, y que hasta en los momentos más oscuros que hemos pasado Él ha estado siempre allí; tal vez hemos sido nosotros los que no hemos caminado con Él y no le hemos reconocido.

«Es ahora el tiempo favorable, es ahora el tiempo de la salvación» (2Cor 6,2)

Como Iglesia paceña, reconocemos estas palabras de San Pablo dirigidas a nosotros, porque somos el Pueblo de Dios, que quiere escuchar a su Señor (Sal 33, 12), dejar que nos llame a la conversión (cfr. Documento Final Sínodo de la Sinodalidad, 13-14) que nos inspire las futuras acciones. Por eso esta carta pastoral quiere animar a cada uno de los fieles de la Iglesia a que oremos por esta fase final del Sínodo. Oremos especialmente por quienes serán los miembros sinodales presentes en las Asambleas, para que, dóciles a la acción del Espíritu, nos abran al entendimiento para no defender solo nuestros esquemas y nuestras ideas, sino ser capaces de ponernos en diálogo y escucha entre todos, incluso con quienes piensan distinto. Es un camino que lo estamos haciendo juntos, que nadie quede excluido.

Les pido que evitemos algunas tentaciones que pueden surgir ante el Sínodo Diocesano como: el pesimismo, el desánimo, la negatividad, el pensar que este proceso es una pérdida de tiempo, el «siempre se ha hecho así», el no querer salir de la zona de confort y encerrarse en la comodidad, el clericalismo, la mundanidad espiritual, el chisme; todo esto destruye, y sin darnos cuenta estas actitudes desgastan las relaciones dentro de la comunidad cristiana y no dan espacio a que el Espíritu Santo pueda renovarnos, tengamos cuidado (cfr. *Evangelii Gaudium*, 76-109).

Querida Iglesia paceña con esta carta Pastoral, junto con mis hermanos los obispos auxiliares convoco a la última fase del Proceso Sinodal de nuestra Arquidiócesis pidiendo:

- que sea leída y comentada en todas las parroquias y comunidades cristianas de nuestra Arquidiócesis en particular en las misas dominicales como signo de comunión;
- que se haga oración por los frutos de esta última fase, especialmente por quienes serán los miembros en las Asambleas Sinodales representando a todo el Pueblo de Dios;
- que los párrocos y encargados de los movimientos puedan hacer llegar el nombre de los delegados a las Asambleas Sinodales, conforme lo solicite la Secretaría General del Sínodo;
- que tengamos plena confianza que el Espíritu de Dios es el único protagonista de este proceso, dejemos que Él siga actuando.

Junto con esta carta publicamos las fechas de las celebraciones centrales de la última fase del Sínodo. María Nuestra Señora de La Paz nos ayude en este proceso sinodal para que junto con ella seamos discípulos-misioneros que hagan de Cristo el corazón de nuestra Iglesia.

Imparto mi bendición como padre y pastor,

La Paz 13 de agosto 2026

Mons. Percy Galván Flores
Arzobispo de La Paz



FECHAS DE LAS ÚLTIMA FASE DEL SÍNODO DIOCESANO

Secretaría General del Sínodo Diocesano

ACTIVIDAD	FECHA
Presentación de la Carta Pastoral: «Hacer de Cristo el corazón de nuestra Iglesia» Con la que el Arzobispo convoca a la fase final del Sínodo Diocesano y pide a toda la Iglesia entrar en un periodo de oración por los frutos del proceso sinodal.	13 de agosto: Presentación al Presbiterio, Parroquia María Reina. 16 de agosto: Presentación en la Catedral Metropolitana
Apertura de la Fase Final: - Entrega del <i>Instrumentum Laboris</i> a los miembros sinodales, - Entrega del Decreto de Nombramiento a los miembros sinodales, - Profesión de fe y juramento de fidelidad de los miembros sinodales	3 octubre
Inicio de las Asambleas Sinodales: 7 encuentros	1 semana: 26, 27, 28, 29 octubre 2 semana: 4, 5, 6 noviembre
Votación del Documento Final y Misa de Clausura de los trabajos Sinodales	7 de enero 2027 Iglesia de Santo Domingo: Votaciones Catedral Metropolitana: Eucaristía
Presentación del Documento Final del Sínodo Firma de los Decretos Sinodales Inicio del Proceso Pastoral	24 de enero 2027 Fiesta de Nuestra Señora de La Paz Catedral Metropolitana

--	--